

NOTAS

LAS ABREVIATURAS, AYER Y HOY

VICENTA CORTÉS ALONSO

La razón de la existencia de las abreviaturas, en cada tiempo, ha sido la economía de gasto o de esfuerzo sin merma de una comprensión fácil de lo escrito. Cuando las materias escriptorias eran escasas y, por lo tanto, caras, los amanuenses trataban de ahorrar signos gráficos en el espacio de las líneas de los textos y de las tintas.

Los lectores, que sabían los códigos empleados y su desarrollo, no necesitaban para la comprensión de lo escrito que todas las letras estuvieran trazadas. Se había llegado a una convención, desde el mundo clásico, de manera que con los signos de abreviación (rayas, puntos, letras sobrepuestas) se aligeraba considerablemente la tarea de escribir sin que se entorpeciera luego la de leer lo escrito. Cuando esos códigos ya no se conocen o se ha perdido su valor, los lectores posteriores tienen que aprender a descifrar las abreviaturas con la ayuda del significado de los signos convencionales que ya no son de uso común. Cuando tenemos que transcribir y traducir códigos y documentos anteriores al siglo XVI, pues el invento de la imprenta y el uso de las lenguas nacionales hace que no sea tan frecuente el empleo de abreviaturas, el panorama cambia. La abundancia de papel, la facilidad de la escritura mecánica que no supone esfuerzo para el amanuense (sólo escribe una vez para la multiplicación de las copias) y el hecho de que los escribanos cobraban por renglón escrito según arancel (por lo que no les resultaban rentables las abreviaturas), hacen de éstas unos restos conservados para escasas formas heredadas de siglos anteriores. Algunas, aún las utilizamos nosotros hoy en día como *Sr.*, *Dr.*, *N.º*, *dcha.*, etc. para las que se componen listas de signos y abreviaturas.

Tales listas las encontramos en los manuales de *Paleografía*. También figuran en el *Manual de estilo del lenguaje administrativo*, aparecido este año

de 1990. La diferencia entre unas listas y otras, es que en las primeras hay que dibujar los rasgos para las abreviaturas manuscritas, con trazos personales y mayor número de variantes en los originales, mientras que en la de hoy constan sólo 62 abreviaturas (pp. 43-44). Claro que se dice que son las más comunes en el lenguaje administrativo, ya que los «técnicos de cada una de las ciencias y profesionales crean sin cesar abreviaturas de empleo reducido entre los especialistas». Esto, bien se entiende, crea un mundo críptico y, en ocasiones, no para especialistas, que tal vez convendría cuidar para salir de un babel creciente que tiene que interpretar y entender todo el mundo, el *público en general*.

Las abreviaturas tradicionales, según aprendimos hace años, se dividían en dos tipos: las abreviaturas por contracción y las abreviaturas por suspensión. Algo escribimos sobre esto en nuestro trabajo *La escritura y lo escrito* (p. 15-20), en lo referente a los textos manuscritos de los siglos XVI y XVII. Ambas se utilizaban, según conviniera, en un mismo texto para un variado número de palabras de uso muy frecuente y bien conocido por los escribanos y por los lectores. Los casos más típicos de *Magestad* y *escrivano*, pueden servir de ejemplo.

Estas palabras mías, ahora, sobre las abreviaturas son producto de la constatación del uso de tal práctica escrituraria en nuestro cotidiano vivir en relación, como no podía menos de ser, con la incidencia de la nueva tecnología en las formas de comunicación diarias. Me explico. El otro día estuve una vez más en el aeropuerto de Barajas, tuve que esperar y, por razones obvias, tuve que mirar muchas veces la pantalla en que se anunciaba el cambio de las llegadas de los distintos vuelos internacionales. Esta pantalla la he tenido que consultar, por supuesto, muchas veces, desde que están en uso. Pero sólo esta espera me hizo pensar, mientras la hacía, en las divertidas abreviaturas que en aquellos renglones ponían a la consideración del público una información que, por razón de su caprichosa forma de abreviar, condicionada por los espacios disponibles, únicamente diez, resulta en unos casos muy divertida y se traduce con una sonrisa y, en otros, ni las conjeturas nos hacen entender el mensaje. Menos mal que existen unas oficinas de información en las que se puede preguntar lo que no alcanzamos a transcribir y leer.

Lo que se leía en los renglones de diez dígitos o espacios, ocupados por signos o libres, era:

BOG. S. JUAN · N. YORK · LAX. N. YORK
 TOR. MON. LI · SAN DALLAS · MEX. MONTRL
 SCH. BAIREs

Si contamos los espacios, vemos que las abreviaturas están condicionadas a los diez espacios disponibles, en los que se organizan las palabras

abreviadas y los puntos que manifiestan las abreviaturas. Lo que conven-
dría ofrecer es una consistencia en el sistema, para evitar resultados como
los que anteceden. Es lo mismo que la escritura de los apellidos en los
billetes de avión mecanizados, pues aunque en el mío no hay problemas,
por sus seis letras, me gustaría ver los cortes en Etchepareborda, López
de Letona o cualquier otro compuesto, cuya variación no identifica a la
persona.

En la pantalla las abreviaturas por suspensión o apócope son las si-
guientes:

BOGotá, San, New, TORonto, MONtreal, LISboa, San Francisco (?), MEXi-
co, Santiago de CHile, Buenos.

Sólo hay una abreviatura por suspensión o síncope, que, por otro
lado, en el mismo tablero informativo la ofrece en apócope: MONtreal.

No podemos imaginar, pese a nuestro interés por la geografía ame-
ricana y nuestra afición a descifrar abreviaturas, a no ser que haya un
error en la escritura o exista una convención sobre el valor de la X, para
nosotros desconocida, de la palabra LAX, que podría corresponder a Los
Ángeles (?).

Nos encanta la agrupación de letras en los diez espacios disponibles
del vuelo Santiago de Chile-Buenos Aires, cuya longitud de millas náuti-
cas corresponde a la de los 26 lugares de sus letras: SCH.BAIRES. Señale-
mos que el punto utilizado en las abreviaturas de Bogotá-San Juan, New
York, Toronto-Montreal-Lisboa y México-Montreal, sólo ha podido utili-
zarse en SCH. y no en B.AIRES, con lo que ambas suspensiones dan como
resultado unos topónimos sumamente curiosos. El primero apenas un es-
tornudo y el segundo algo más complicado que B. A., que es la forma en
que lo vemos en la propia Argentina. Por una vez, estas abreviaturas han
dado lugar a elucubraciones de carácter teórico que la práctica, con o sin
normativa, aplica con resultados pintorescos.

Estoy deseando tener que repetir, algún día, un viaje SCH.BAIRES, por
aquello de saborear lo nunca imaginado. La vez anterior, ni me di cuenta
de lo interesante de la incidencia de la máquina en las abreviaturas de
nuestros barrocos y ricos topónimos hispánicos. Sin duda alguna, es mu-
cho menos caro arreglar los textos de New York que de San Juan, San-
tiago o San Francisco sin cortar por lo sano. También, depende de lo que
entendamos por sano, reduciendo a dos iniciales impronunciables y una
ciudad y un país, estando unidas. Menos mal que la CH, no puede con-
fundirse con otra inicial en el continente.

Abreviemos, por tanto, pero uniformemente y sobre seguro.

